



temas de hoy

Novela

345 g

37 508 palabras

Horizonte de eventos

Balsam Karam

BALSAM KARAM
HORIZONTE DE EVENTOS

Traducción de Alba Pagán

Título original: *Händelsehorisonten*

© Balsam Karam, 2018

Originalmente publicado por Norstedts, Suecia

Publicado por acuerdo con Norstedts Agency

© por la traducción, Alba Pagán, 2021

Reconocemos con gratitud que el coste de esta traducción ha sido sufragado por un subsidio del Swedish Arts Council

Corrección de estilo a cargo de Héctor Bou

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-9998-860-3

Depósito legal: B. 4.361-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

MILDE, LA ASTRONAUTA
DE LAS AFUERAS

En la tierra, en un lugar como otro cualquiera, donde una ciudad ajedrezada se extendía hacia el océano en forma de amplias playas que a veces empujaban el océano haciéndolo retroceder y a veces lo dejaban desbordarse, había una verdulera inclinada sobre sí misma y sobre las frutas que había recolectado, y restregaba un tomate tras otro contra su camisa hasta que estos brillaban. Sacaba moscas del montón de lechugas romanas que tenía al lado y limpiaba el cilantro de flores y de malas hierbas.

Por la mañana, un mercado. Un murmullo pasó por encima de la plaza, frondoso y blando, y por las calles las flores de jazmín despedían su fragancia y se impelían; bajo los árboles, los gatos estaban tumbados en pelotones y a lo largo de las avenidas los camareros pronto servirían a los turistas blancos una primera taza de café y después una copa de vino tinto; en la playa unos cuantos se desnudarían ansiosos y saltarían y en el patio del recreo enseguida sonaría la sirena.

El mercado no tardó en llenarse de ancianos que ya habían tenido tiempo de tomarse el té de la mañana pero que todavía

no estaban listos para empezar a comer. Atravesaron la plaza con finas boinas y con suéteres de colores claros y saludaron a la verdulera allí donde estaba, se sentaron en los bancos del parque a la derecha de la biblioteca y cada uno sacó su paquete de cigarrillos roto. Justo cuando fumaban a escondidas a la sombra del cerezo y de vez en cuando intercambiaban algunas palabras, la verdulera se acercaría y les daría a cada uno un melocotón y estos le darían un puñado de cigarrillos. Se fumaría dos de una vez y les daría las gracias, volvería sin prisa a su puesto de verduras desde el cual miraría el mercado.

Todavía faltaba mucho para la noche y para el cielo estrellado que la verdulera tanto esperaba, diez horas más en el puesto y después el tiempo de limpiar y de volver a casa caminando. Arrastraría el carro por los adoquines de las calles hasta la casa en ruinas y la puerta azul que, a falta de otra cosa, había cerrado con un gancho; desde allí levantaría el carro como pudiese, balanceándose de un lado a otro por todo el largo y estrecho pasillo y, una vez en el patio interior, lo colocaría contra la pared y se sentaría. Poco a poco recuperaría la energía para quitarse los zapatos que había llevado todo el día y extendería el colchón que había escondido de la lluvia de verano que de vez en cuando sorprendía a la ciudad y que paraba tan súbitamente como empezaba. Se tumbaría boca arriba en medio del patio interior y desde allí contemplaría el cielo estrellado, enorme y de una belleza infinita.

En el piso de arriba, cuya altura permitía que la niña alcanzase las ciruelas que la verdulera lanzaba hacia arriba, vivió una vez una familia. Cuando el tejado se derrumbó una mañana justo cuando los niños hacían la mochila para el colegio y se preparaban para salir, la familia decidió mudarse dos barrios más arriba, a una casa en ruinas casi tan bonita como cualquier otra casa y casi tan limpia y arreglada. Tenemos que pagar parte del alquiler, pero haremos de tripas corazón, dijo la madre mirando hacia

arriba desde donde estaba el equipaje. Así no podemos seguir, con miedo por si los muros se derrumban, ¿qué tipo de vida es esta? Ambos tendremos que trabajar el doble y si apagamos la electricidad y el calentador de agua no debería haber ningún problema. ¿Tú no vas a mudarte?, dijo la madre esperando escuchar un sí. La verdulera, que justo estaba cargando su carro, asintió amablemente y abrazó a la madre, llenó una bolsa con lo que tenía en el carro y acompañó a la familia hasta la nueva casa casi tan bonita como cualquier otra casa de verdad y casi tan arreglada. Ella se alegraría porque el calor no tardaría en volver y dormir por la noche volvería a ser placentero. Por la noche soñaba con el mar y por el día esperaba ansiosa la noche y el cielo estrellado, y se alegró de que la noche y el cielo estrellado se aparecieran y se acordó de cuando ella misma no era capaz de evocarlos.

Escribió en la libreta que se alegraba de sentir, también ella misma, tan tarde en su vida, la aparición de la noche como una alegría y como un anhelo en su cuerpo, y de que sentimientos como la alegría y el anhelo todavía tuviesen cabida en aquel cuerpo destrozado. Mi cuerpo, escribió ella, está roto. Pero ahora la noche se aparece y juega como un gozo dentro de él; ahora, cuando el sol de la mañana barre la ciudad y deja que los cafés saquen las sillas y los manteles, y ahora, cuando los camareros colocan los menús en fila y meten los aperitivos en la nevera.

Donde el puesto de verdura le daba la espalda a la sastrería, pasaban por la mañana primero los conductores de taxi y luego los que hacían un largo camino para trabajar en la obra. La verdulera les saludaba a todos y se sentaba en el taburete que escondía detrás de los cestos de cerezas y manzanas y que de vez en cuando sacaba para descansar sus piernas hinchadas en las que ya habían aparecido venas oscuras. Se levantaba de vez en cuando para hundir un pañuelo en el agua tibia de la fuente y refrescarse el cuello, luego volvía a su puesto y seguía amontonando fruta y verdura.

La verdulera era unos años más joven que Essa pero más mayor que lo que Milde jamás sería; conocía bien Las Afueras, pero no podía imaginarse que Milde de Las Afueras desfilaría por el mercado aquella mañana.

La verdulera había ido varias veces a la linde de Las Afueras y la habían invitado a entrar, había bebido té con las madres y las niñas y hablado con ellas de la rebelión; había dicho que ella opinaba que la rebelión era osada y justa y que había que hacer algo con la situación en la que estaban; que la única que había tenido el valor de hablar de todo aquello fue Milde y que seguía siendo incomprendible que el castigo fuese tan duro, tan elevado. ¡Una chica de diecisiete años, una niña que habló como mil líderes durante su propio juicio! No, no era justo, solo había dicho y hecho lo que nadie más se había atrevido a decir o a hacer, ¿no es cierto? ¿No había prestado su voz a todos aquellos que, por miedo, durante años, habían cerrado el pico? ¿No había dicho aquello que se debía decir sobre cómo nos han tratado y sobre cómo un día esto debe cesar?

Las madres asintieron e intentaron recordar la cara de Milde justo antes de que la obligaran a ir a la cueva, y las niñas que, apretujadas, se sentaban junto a ellas y escucharon a la verdulera, miraron a sus madres y esperaron más. Después le dieron todavía más té a la verdulera y le hicieron una visita para ella sola por las casas de finas pero sólidas paredes de chapa desgastadas por un amor que ella no podía describir entonces porque todavía no lo había experimentado. Entró a una de las casas con un vaso de té en la mano y se sentó con la espalda apoyada en la fría pared de chapa, se sintió bienvenida en un lugar por primera vez en mucho tiempo y allí y entonces decidió que se quedaría a dormir una noche.

La verdulera nunca había visto a Milde aparte de en las fotos y los recortes de periódico que Essa llevaba siempre consigo y le hubiese sido imposible reconocerla. La rebelión había teni-

do lugar hacía once años y además aquellos ojos no eran como debían ser, estaban desvaídos y turbios y no había en ellos ni un ápice del brillo que debían tener.

La verdulera no había reconocido a Milde aquella mañana y más tarde no pudo perdonarse por ello. Poco después de que Milde partiese hacia el agujero negro La Masa, ella se fue de la ciudad, hizo el equipaje con lo poco que podía llevar consigo y se mudó a casa de Essa en medio de Las Afueras.

La verdulera se levantó de su banqueta, pesó y cobró, cogió y descartó, e intercambió alguna palabra por aquí y por allá con los conocidos que al pasar alzaban la mano para saludarla. El día iba a ser caluroso, se notaba, y en pelotones bajo las estrechas sombras de los árboles que enmarcaban el mercado por el este y por el oeste, seguía elevándose el humo de los cigarrillos entre las flores de cerezo que pronto caerían al suelo y allí esperaba como niebla o bruma. Todavía en la mañana alguno de los ancianos dejaría un libro en el regazo de alguien y apagaría la colilla en la suela del zapato; otro se secaría la frente con la boina y la volvería a acomodar en su sitio.

Hoy el murmullo sobre el mercado era ruidoso y la verdulera se acordaría más tarde de que todo el mercado estaba alerta.

En un mercado como otro cualquiera —acotado por un restaurante de pescado, una sastrería, dos baños públicos y una biblioteca— dos policías y otro hombre blanco pasaron por las baldosas de piedra tallada. Llevaban a una mujer consigo.

La verdulera los vio venir —miró a la mujer y buscó su mirada—, pero aun así no la reconoció.

De los cuatro la mujer era la más delgada pero también la más solemne; allí donde se desplazaba como una carpa vestida de negro y con el pelo corto, pasaban también los niños y se giraban, se paraban a contemplar sus pantalones arremangados y su camiseta grande y holgada, su bolsa de lona negra colgando de un hombro, blanda como un paño y la cara atravesada por una cicatriz desde el ojo hasta la mejilla.

¿Cuántos años tenía? ¿Qué hacía allí?

La verdulera escribiría más tarde: todavía a principios de verano el sol pegaba fuerte sobre la plaza, brillante; todavía por la mañana llegó una débil brisa a refrescar brazos y piernas y la arena que cubría el mercado voló con un soplo una vez más ha-

cia los aires como un enjambre, se arrastró del banco al arbusto y de vuelta, y se movió como en una nube hacia la playa, donde los hijos blancos de los primeros turistas de verano se gritaban los unos a los otros y se levantaban, tiraban pelotas de playa a su alrededor y se ahogaban de la risa.

Alguien no tardaría en llenar un cubo con agua y sacarlo con cuidado, llegaría después al mercado y a las baldosas y rociaría el agua de un golpe seco que haría que la arena se quedase en el fondo y que en la plaza emergiese un olor a fresco. Como ebrio de triunfo se extendería entonces el frescor por el mercado y en bufidos llegaría al puesto de la verdulera y al vendedor ambulante que dormitaba a la sombra.

El frescor llegaría incluso hasta la solemne mujer que justo entonces se pararía, miraría a su alrededor, cerraría los ojos. Era el mes de mayo, poco antes de las doce de un martes, y justo cuando los policías quisieron empujar a la mujer hacia delante, Milde se daría la vuelta por voluntad propia y continuaría.

En la biblioteca hacia la que se dirigían Milde y el astrónomo bajo escolta policial se encontraba el experimento programado como una vela encendida colocada en una mesa blanca; titilante, carecía de nombre e impaciente esperaba poder hablar.

En la mesa había un gran jarro de agua fría y un cuenco con melocotones maduros que la verdulera había cogido y cobrado. Después, cuando comprendió que la mujer que cruzó el mercado no era otra sino Milde, que era esa Milde —la que ella siempre había querido conocer, abrazar y elogiar—, la verdulera hubiese deseado, o bien nunca haberle vendido nada a aquel astrónomo, o bien haberle vendido los mejores melocotones de su pirámide de melocotones que todo el tiempo deshacía y que tenía que volver a construir.

Lo hubiese deseado y pensó durante mucho tiempo si acaso Milde habría cogido uno de los melocotones y se lo habría comido.

Después decidiría que seguro que Milde había cogido un melocotón, pero que habría reservado el melocotón amarillo oscuro y madurado al sol hasta que la reunión se acabase. La verdulera no podía imaginarse a Milde zampándose la fruta en compañía de aquellos hombres blancos —no, puaj, imposible—, pero durante mucho tiempo acarició la idea de cómo Milde, sentada después en el asiento de atrás del coche de policía, con calma, se habría comido la fruta de la verdulera y por última vez habría mirado hacia la ciudad a la que, al fin y al cabo, había amado únicamente porque en algún lugar de esta se encontraba Las Afueras.

Sí, así debía de haber sido, escribió la verdulera, y durante el tiempo que duró la reunión, Milde se había quedado sentada con las manos entrelazadas sobre las rodillas y había esperado como el único ser humano civilizado alrededor de aquella mesa blanca.

Los astrónomos parecían tensos alrededor de la mesa con pilas de papeles frente a ellos, le hicieron una señal con la cabeza a Milde, le indicaron una silla vacía. Milde se sentó y dijo hola, con una voz profunda pero no especialmente oscura y el cuerpo levemente inclinado hacia atrás. Alguno de los hombres sirvió agua y cuando el cuenco con los melocotones fue pasando por la mesa, Milde eligió el melocotón más precioso que jamás había visto y lo reservó.

Uno de los astrónomos dijo: Ahora ha desaparecido más masa, ¿alguien sabe dónde podría haberse metido?

Otro se aclaró la garganta y dijo: Me pregunto si es posible que la masa desaparezca y que nunca vuelva a existir. ¿Alguna vez has tenido un bolsillo por el que las llaves, arrastradas por el peso de una gran medalla de color azul medianoche —un regalo de un familiar lejano o de un amante que hizo un viaje por los

mares—, se hayan hundido allí donde la profundidad sobrepasa el largo del pantalón y el suelo, el suelo y los pisos más abajo, los pisos, la tierra y todo lo que hay arriba y abajo?

El experimento, ahora devuelto a la vida, arrojaba su luz temblorosa sobre la mesa y llamaba la atención, se pronunciaba. Decía: ¿Conocéis el agujero negro La Masa? Allí encontraréis lo que no quiere ser encontrado pero que aun así existe.

El experimento, ahora totalmente despierto, continuó: Hace tiempo que conozco La Masa y lo que oculta, he soñado con cómo arrastra toda la otra masa hacia ella y la hace suya. Hace tiempo que conozco La Masa y sé que se acerca, veo que se encuentra en el umbral y espera, acecha, anhela. Ahora busco un cuerpo que quiera aprender a conocer a La Masa como yo siempre he deseado y nunca he sabido. Un cuerpo que quiera filtrar el sentimiento de una profundidad incomparable y de un lugar rodeado por completo de sí mismo; un cuerpo que soporte una soledad que carece de un nombre que le haga justicia y que sepa que una experiencia tal no se puede ni compartir ni explicar. Deseo que el cuerpo esté a mi lado y al mismo tiempo quiero que sepa que lo que le pido es algo inmenso e inaudito.

Me pregunto, dijo el experimento todavía titilante pero como renacido sobre la tierra, si hay un cuerpo así sentado a la mesa.

El experimento continuó: Estoy hablando de un gran paso, para la humanidad, para el cuerpo que se ve a sí mismo dando el paso y cayendo en un lugar insondable y para el mundo que contemplará los acontecimientos desde la distancia.

Se trata de que nunca podrá ser inhumado o devuelto a su hogar, donde el perfume de los cerezos una noche de principios de verano se mezcla con el olor a tierra quemada y a basura, y nunca jamás podrá estar junto al fuego —hacer café y hornear pan— y, con leche caliente en un cuenco, contemplar los juegos de los niños muy pegados a las fachadas de las casas de enfrente.

Estoy hablando de partir y abandonar, de donar sin recibir nada a cambio; comprenderme a mí y mis exigencias es comprender que nunca más podrá pisar la tierra y que a partir de ahora no tendrá nada propio a lo que volver de otra forma que mediante el pensamiento.

Aclaro desde ahora que durante muchos años el cuerpo girará alrededor de su propio eje, dará vueltas con vómito en la lengua y será abandonado cuando más se necesite.

El cuerpo extrañará durante mucho tiempo otro cuerpo —presionará la mano entre sus muslos y extraerá sus propios fluidos al espacio— y luego se pedirá perdón a sí mismo por haberse lanzado a la eternidad, dirá: No estoy segura de mí misma, no lo pienso cuando lo hago una vez y otra vez. Tiene que ver con el espacio, con que de repente echo de menos a mi madre y a la montaña que arroja sombra en las tardes de julio cuando las niñas corren de vuelta a casa por la zanja y los gatos que se agarran de los dobladillos de las faldas de las niñas se tiran a los brazos de las madres y lamen los pechos de las madres hasta que quedan limpios de leche y de agua.

El cuerpo se preguntará a sí mismo: ¿Dónde están mi madre, mis hermanas, mi hogar y el frescor que buscaba cuando corría descalza por los campos de caña de azúcar y con la cabeza hundida en un surco no escuchaba los gritos que me llamaban?

El cuerpo se preguntará y esperará y se quedará dudando y el cuerpo tendrá que lidiar con ese silencio, con esa espera y con esa duda.

El experimento se aclaró la garganta y dijo: Yo me pregunto, ¿existe un cuerpo así sentado a esta mesa?

Por la tarde; el sol hinchado y pesado hizo lo suyo sobre los campos y a lo largo del paseo marítimo los vendedores de refrescos

observaban a los turistas blancos con sus gruesas toallas de playa arrastradas en la arena.

Aquí y allá una risa, aquí y allá un adulto a un niño o un murmullo uniforme de idiomas que los vendedores de refrescos habían aprendido a comprender pero que no se imaginarían hablando.

Por la tarde y a lo largo de la playa los vendedores de refrescos apartaban la mirada y continuaban trabajando cuando los niños blancos rechazaban un helado y los padres dejaban el helado medio derretido a un lado; los vendedores de refrescos tarareaban una canción y luego otra justo cuando los niños vertían el refresco en la arena y las madres les limpiaban las manos, pegajosas y gordas, con dos clínex blancos que luego dejaban allí para que salieran volando por la playa.

Por la tarde y las grandes terrazas cambiarían pronto de atavíos para la noche y las tumbonas que se recogen junto con la bruma de la mañana caerían con fuerza las unas sobre las otras y se arrastrarían todo el camino de vuelta. Igual que Milde arrastraba un saco y un rastrillo por la arena cuando era niña por algunas coronas al día, las limpiadoras de la playa pronto recogerían con estocadas precisas todos los papeles de helado y las botellas de agua —pañales, bolsas de plástico y tubos de protector solar— y reunirían cada trozo de pan y cada fruta abandonada a la putrefacción pero lo suficientemente madura para poder comerse.

Puede que las limpiadoras encontrasen alguna vez, después de muchas noches de trabajo, algo que llevarse a casa, a Las Afueras; tal vez algo pequeño o nada en absoluto; tal vez no encontrasen nada en absoluto durante mucho tiempo y después de repente un reloj de pulsera medio visible bajo una duna o una joya que brillaba entre dos tumbonas; tal vez encontraran el reloj y la joya y se metieran el reloj en las bragas y se pusieran la joya con cuidado bajo la lengua, se dejaran cachear como de costumbre cuando la ronda de noche había acabado y entonces

caminaran por el paseo marítimo hasta donde dormían que no era más que una arboleda; tal vez las niñas pudieron entonces enseñarse los hallazgos las unas a las otras y, sin que les molestasen, compartir lo poco que les quedaba de los refrescos y de pan, y dormir un sueño más reparador.

Las niñas de Las Afueras que limpiaban las playas por la noche y por la mañana caminaban hasta su arboleda para descansar un poco, a la luz del día se acostarían muy pegadas las unas a las otras y se conformarían con la única manta que tenían; así dormirían durante el día y se despertarían de nuevo con la puesta de sol para volver a empezar.

Por la tarde y el ruido lejano de los coches en movimiento se posó en la biblioteca, la luz de principios de verano empezó a menguar lentamente y desde donde estaba sentada, con la cara vuelta hacia la ventana, Milde podía recorrer la ciudad de vuelta a casa y ver cómo el mercado se llenaba de niños y adultos. Cajas de comida, cajas de comida y alguno que otro fumando un cigarrillo; veía a los gatos estirarse a la sombra, las chaquetas sobre los hombros y los colegiales en pelotones al lado del puesto de los helados que pronto se vaciaría de polos. ¿Quién habría sospechado que el día sería tan caluroso y quién sabría lo que hacían las hijas y las madres de Las Afueras en días tan calurosos como aquel? Empezó a enternecerse.

Un astrónomo se secó la frente con la manga de la camisa, se bebió la mitad de la jarra de agua tibia, esperó. Otro dejó que su mano vagase lentamente sobre los papeles, se parase en una frase, continuase.

Puede que el verano más caluroso llevase mucho tiempo esperando cuando la arena ya había empezado a volar entre las casas, y puede que los astrónomos supiesen que el verano siguiente se abrazarían los unos a los otros y bajarían el volumen

de sus voces a la espera del lanzamiento. Observarían sus pantallas, descorcharían las botellas y esperarían hasta escuchar hablar a Milde. Cuando la voz de Milde por fin llegase entre una y otra llamada, los astrónomos que tenían las botellas listas empezarían por fin a celebrar y seguirían celebrando, se jactarían de que lo imposible había ocurrido y celebrarían todavía más y luego seguirían celebrando.

Milde habría partido entonces en su viaje hacia el agujero negro La Masa donde en su mayor parte en la oscuridad que la rodeaba, se abrocharía el cinturón en la silla o en la litera y desde allí escribiría largo y tendido a Las Afueras; escribiría a Las Afueras que amaba y que la amaba a ella y el cuerpo y la ausencia de peso seguirían recordándole al suelo de chapa de Las Afueras contra las costillas y la bruma de Las Afueras que por las mañanas se posaba como una mano sobre los muslos. La lengua le recordaría la aspereza de la montaña y los dedos que pasaron por la barriga de Essa le recordaría la suave cicatriz que salía de su ombligo; sobre los papeles la mano recorrería la cicatriz con un movimiento que llenaría los papeles de lado a lado, una página tras otra y después presionaría los papeles contra todo lo que había en la nave para darle un sentido a esta.

Después se diría en los periódicos y en la radio que las condiciones habían sido favorables; a la mesa barnizada de blanco se sentaban doce astrónomos, Milde y una autoridad policial que por respeto al momento histórico que estaba sucediendo, decidió quitarle las esposas a Milde. En la habitación no había ningún lujo, ningún cuidado excesivo, y cuando el silencio se rompió no fue con un grito ni con música venida de ninguna parte; la mano de Milde se deslizó por la mesa, tranquila y decidida, y arrastró la luz titilante hacia ella.

Milde dijo: La imagen de este momento me ha acompañado durante mucho tiempo; la sujeto ahora pegada a un árbol que me ha sido golpeado en el pecho. Lo que describes no es nuevo para mí.

Durante mucho tiempo he pasado la mano por mi cuerpo y me he inclinado sobre mis propios muslos, los he besado desde dentro hacia fuera y les he hecho comprender que soy otra con la voz de otra y dureza en la boca. Mis muslos a su vez se han dejado engañar, cegados ante su propia capacidad de despertar deseo han alimentado un ansia por el engaño y han buscado aquello que los lleve hacia la oscuridad y los libere.

Lo que describes no es nuevo para mí.

Puede que desee que lo que me ha dañado sea como una sábana colocada sobre mi cuerpo; que la impresión en la tela revele aquello que el cuerpo había perdido hasta ahora y aquello en lo que se ha convertido mi rostro con el gancho de la nariz, la circunferencia y la cavidad del ojo después de que el otro ojo ahora no sea más que una sombra en el mundo. Pero ¿qué es lo que me hace desear?

Cada día deseo poder volver a mi hogar, cada noche quiero dormir con un suelo de chapa clavado en la espalda y con la camiseta interior de Essa sobre la cabeza, pero ¿qué es lo que me hace desear? Hace ya mucho tiempo, y desde entonces he estado lo suficientemente sola como para saber que mi soledad sobrepasa mi deseo y que mi deseo sobrepasa mi esperanza por cualquier otra cosa que no sea lo que amo y mejor conozco: mi hogar, Las Afueras. ¿Has estado allí alguna vez?

No tengo ninguna esperanza excepto por Las Afueras, bella como todo y nada al mismo tiempo. Me resulta indiferente todo excepto nuestra acequia, blanda como cada día de primavera y cada día de verano y cada grano de avena en la lengua, todo al mismo tiempo.

Veo mi hogar como un trago de agua fría y como cada montaña, cuando en el crepúsculo la montaña oculta el sol, y como cada sol cuando al alba el sol se opone a la montaña y se alza sobre su cumbre.

¿Alguno de vosotros ha estado allí? ¿Entendéis acaso de lo que hablo?

Cuando era niña en Las Afueras quería ser profesora, albaniil o simplemente feliz. Ahora que no me he convertido en nada de eso, quiero hacer lo correcto y lo mejor para mí y para Las Afueras.

Quiero ir, dijo Milde y dejó la luz en la mesa, delante de ella, apretó en su mano el melocotón que ahora estaba caliente.